
INTRODUCCIÓN DEL COORDINADOR

Jorge Ruffinelli

En la literatura latinoamericana existen ciertos automatismos significativos. Por ejemplo, pensar de inmediato en *Los de abajo* de Mariano Azuela cada vez que se pregunte por las grandes novelas mexicanas del siglo xx. Publicada en 1915, redescubierta en 1925, leída desde entonces por varias generaciones en español, inglés, francés, ruso, japonés, alemán, portugués, checo, italiano, yugoslavo, sueco, yidish y muchas otras lenguas, *Los de abajo* es sin duda la novela mexicana más conocida y apreciada mundialmente.

Los de abajo se ha convertido en un clásico –dentro de las varias acepciones que señala Henry Peyre en *Qué es el clasicismo*– modelo de narrativa, un libro que se enseña en clase, una obra señera dentro de nuestra cultura, etc. Ninguno de esos aspectos, que por lo común transforman a las obras en instituciones y las colocan en un canon reverencial, ha hecho de *Los de abajo* un libro muerto: es tan vivo que sigue y seguirá despertando la polémica entre sus lectores. Habiendo tocado un nervio profundo de la vida intelectual y política mexicana, era esperable que sucediera así, ante todo porque su magnificencia artística se fundamenta en una rica urdimbre polisémica textual. En ella el autor ha plasmado su tan enorme entusiasmo como sus hondas decepciones en torno al tema central de su novela, que es a la vez el tema central de México en este siglo. Me refiero a los conflictos políticos, ideológicos, económicos, morales, que llamamos «revolución».

Se ha dicho más de una vez, con razón, que *Los de abajo* es obra única en la cultura mexicana. Aunque Azuela fuese en algunas de sus novelas anteriores un deudor del naturalismo francés, *Los de abajo* llevó a la literatura mexicana, en 1915, tal fuerza de representación, que bien pudiera datarse en ella el origen de la narrativa mexicana contemporánea. No tiene las rémoras del naturalismo, como si la urgencia política de sus temas le hubiesen ayudado a barrer otros niveles de ideología estética. Azuela escribió *Los de abajo* casi en la marcha misma de los acontecimientos narrados, al tiempo en que éstos sucedían. Incluso podemos imaginarlo –porque así él mismo lo recordó– componiendo frenéti-

camente en la redacción del periódico *El Paso del Norte*, de El Paso, Texas, las últimas cuartillas de su novela que se encontraba apareciendo en entregas. En ediciones posteriores aumentaría sustancialmente el texto de *Los de abajo*, hasta la versión definitiva que hoy conocemos, y algunos de los hechos que constituirían su referente histórico son justamente posteriores a la edición primigenia. De tal modo, *Los de abajo* es una novela absorbente, que absorbe apasionada las circunstancias de su presente y que nos absorbe a los lectores dentro de su escritura vertiginosa.

No hay en *Los de abajo* personajes compuestos simplemente sobre el modelo de una persona real. Hay complejidad de modelos y hay complejidad de personajes. Demetrio Macías, Camila, el güero Margarito, Luis Cervantes, «La Codorniz», «El Manteca», Anastasio Montañés, «La Pintada», Valderrama y tantos otros personajes fueron creados por Azuela a partir de su propia experiencia como médico revolucionario en el ejército villista de Julián Medina, en 1914. Personajes y episodios, como el mismo Azuela lo recalcó, provienen de modelos y sucesos conocidos de primera mano u oídos al calor del fuego de los vivacs. Todos coinciden al representar muy íntimamente tipos populares con la complejidad de los individuos. La gran hazaña literaria de Azuela consistió en construir una historia absolutamente verosímil y genuina del México contemporáneo, que a la vez tiene valor social, que representa los sueños y las frustraciones de muchos mexicanos durante la Revolución.

Por este compromiso con el entorno histórico, alguna vez se dijo que Azuela no había visto el bosque por el esfuerzo de mirar tan nítidamente los árboles, careciendo así de visión amplia, de perspectiva. Aunque esto forma parte de la mencionada polémica que aún despierta *Los de abajo*, es preciso decir que Azuela fue siempre firme con sus convicciones ideológicas, políticas y estéticas, y ésa era su visión, su perspectiva. Cuando escribió *Los de abajo* no era un narrador primerizo sino un escritor ya maduro, en el mejor momento de sus aptitudes creativas. Muchas veces el bosque o los árboles son categorías intercambiables: lo que para algunos es la gran figura, para otros es simple detalle, y a la inversa. Lo importante es señalar que esta vinculación con la realidad cotidiana pudo hacer de su libro un mero testimonio, o un libro de memorias, como los que abundaron después de la Revolución pero fue mucho más: fue y es una novela de gran calidad literaria, que por ser novela y estar a la vez imbuida de los acontecimientos de su presente, logró el gran aprecio de que hoy disfruta.

Algunas de las mejores avenidas para releer *Los de abajo* actualmente son las recorridas por el equipo crítico de esta edición. Carlos Fuentes, uno de los principales narradores hispanoamericanos de nuestra época, es el escritor indicado para presentar en las páginas liminares a Mariano Azuela. Con *La muerte de Artemio Cruz*, Fuentes trazó en 1962 el arco que lo vincula con Azuela, cerrando el ciclo de la Revolución mexicana que aquél abiera.

Stanley L. Robe, quien exhumó en 1979 la primera versión de *Los de abajo* publicada en entregas por el periódico *El Paso del Norte* en 1915, se ha encargado de estudiar las circunstancias de producción del texto, atendiendo a sus contextos históricos y culturales. El profesor Robe es uno de los mayores expertos en la obra de Azuela, ante todo en *Los de abajo*, como lo muestra su libro *Azuela and the Mexican Underdogs* (1979).

El profesor Seymour Menton reescribe y pone al día uno de los enfoques más importantes de la bibliografía crítica sobre Azuela. Su ensayo sobre las «texturas épicas de *Los de abajo*» lee la célebre novela de Azuela desde dos costados: las relaciones intertextuales y los rasgos más importantes del estilo. Complementa así la visión histórica y filológica de Robe y la presentación de Fuentes.

El profesor Luis Leal realiza la «lectura temática» tomando nota necesaria del origen político de la novela. La historia y la política son temas centrales al mismo tiempo que referentes; sin ellos, *Los de abajo* simplemente no tendría sentido. También los personajes y los temas arquetípicos –en particular la violencia– son centrales en la visión de Azuela, y Leal los analiza con la precisión debida. Luis Leal es un profundo conocedor de la obra y la vida de Mariano Azuela, temas a los que dedicó dos libros: *Azuela, vida y obra* y *Mariano Azuela*.

La profesora Mónica Mansour aporta la precisión de sus análisis lingüísticos y semióticos, para establecer una lectura que desnuda al texto ideológicamente desde su lenguaje y su estructura, y nos enseña a leer en él aspectos fundamentales que corrían el peligro de pasar desatendidos.

Por mi parte, presento en este volumen un estudio de la recepción de *Los de Abajo*. Como se ha dicho muchas veces, la novela más famosa de Azuela fue prácticamente desconocida desde que se publicó en 1915 hasta 1925, cuando en forma indirecta pero definitiva se la «redescubrió» en el ámbito de la cultura mexicana y, como consecuencia, en el resto del mundo. Desde ese momento, el aprecio de Azuela y *Los de abajo* ha ido creciendo hasta convertir a la novela en un «clásico», pese a lo cual –como creo haberlo mostrado en mi estudio– subsiste la discusión en torno a sus contenidos ideológicos. Lo cual certifica que *Los de abajo* es –y seguirá siendo por mucho tiempo más– un clásico vivo.